

FÁTIMA SAÍD

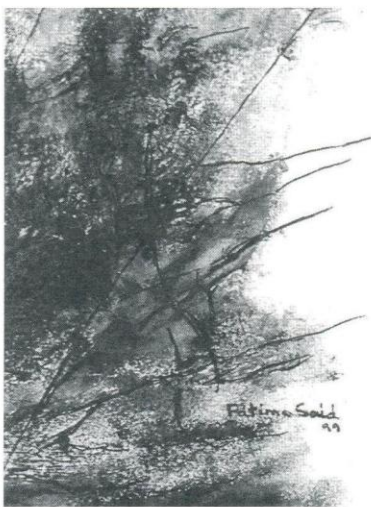
TRAYECTORIA 91-99

Había visto yo dibujos al plumín, *collages*, cuadros resueltos con acrílicos, acuarelas y óleos, expuestos en el Instituto de Estudios Hispánicos del Puerto de la Cruz y este conjunto de obras, firmadas por Fátima Saíd, me llamó poderosamente la atención, ya que a través de temas y estilos muy diferentes podía percibirse con claridad que en la autora de aquellos cuadros estaba germinando una artista con buena sensibilidad, imaginación y talento. También en la sala de exposiciones del Colegio de Arquitectos, con motivo de la Defensa del Rincón de La Orotava, descubrí la firma de Fátima Saíd en un cuadro, un curioso *collage* que sugería un tema marino, algo así como una fragata enredada en el interior de un sueño. Justamente coincidí en dicha exposición con un visitante especial, maestro de la pintura abstracta y surrealista, César Manrique, que junto con su amigo y también pintor, Pepe Dámaso, elogiaba la cocina o ejecución del curioso y tan sugestivo cuadro de Fátima Saíd. Fue aquella una buena época para la pintora que llegó a crear una serie de *collages* de temas navales que presentó al certamen de artes plásticas del Puerto de La Luz, en Las Palmas.

Esta pintora de la que hoy queremos hablar, Fátima Saíd, nació en Tenerife y es hija de padres libaneses, lo que justifica que a través de la vidriera de sus ojos persista la reliquia de un paisaje oriental, un sentimental barroquismo que la predispone para expresarse con el color. De ahí probablemente su predilección por los tonos ocre y naranja de los crepúsculos que permanecen en el corazón, el centro mismo de nuestras querencias, allí donde pretendemos llegar al fin más alejado y al tiempo tan cerca de quien como Fátima tiene la visión exigente y exigida al objeto para que el momento pictórico supla con integridad las cicatrices del alma. Alma sana y no herida, más bien gozosa de la creación, cuando en el lienzo aparece el perfil desconocido del último sueño

en el que no se ha puesto noticia ni voluntad, y nos adentra en el extraño lenguaje donde la luz habla con el color para explicarnos la abstracción, lo que surge de esa vida paralela y fantasmal en el espacio secreto de la naturaleza que sólo habitan los artistas, artistas del color en el caso de Fátima, seres que viven principalmente en el mundo del encanto de los objetos y sufren las vibraciones constantes, las inexplicables órdenes para habitar seriamente en la atmósfera tan difícil y atractiva a la vez, del mundo del arte.

Fátima Saíd me confesaba en sus principios, cuando sólo se comprometía con el plumín y el figurativismo, cuando apenas se atrevía a copiar el paisaje isleño, por ejemplo, y dominaba sólo el blanco y negro del papel y la tinta, me confesaba entonces que aunque el color estaba tocándole en la puerta, tenía un inexplicable temor a que la paleta de pintor se adentrara en su vida. Preadivinaba que el color iba a modelar su espíritu y sobre todo haría transparente gran parte de su intimidad. Y así ha sido. Esta Fátima pintora, que hoy expone en el Ateneo de la ciudad de La Laguna, nos ofrece, aún con el mismo temor de sus principios, una colección de muestras variadas de su quehacer pictórico, donde el color, como anunciábamos al comienzo, ocre y naranja



principalmente, constituye el disfraz de un romanticismo sabiamente orquestado en sus óleos.

También podemos admirar una serie de cuadros trabajados con acrílicos, que según la pintora, surgen de un interior impulso incontrolado. Son abstracciones con colores planos y puros en los que el amarillo encandila de tal manera que no deja ver alguna intencionalidad... Fátima Saíd es la primera asombrada de que en su paleta pueda surgir este grito pictórico. ¿Defecto? Tengamos en cuenta que toda la abstracción lleva consigo la perfección de la rosa.

Sirva ello para la totalidad de la obra de Fátima Saíd. Así fue el sueño y es mejor no tocarlo.